

La Peste de Londres, 1665

Las epidemias de peste en Londres fueron frecuentes durante el siglo XVII. Entre las más graves cabe citar las de 1602-1603, en la cual se produjeron 23.045 muertos, y la de 1625, con 26.350. En 1636 Londres fue afectada por un nuevo y grave brote, en el que murieron 10.400 personas, y 3.082 al año siguiente. En el mismo año murieron en Newcastle 5.037 personas, el 35% de su población, y la ciudad quedó tan vacía que se decía que la “*hierba crecía en sus calles*”. En los reportes de mortalidad se observa que desde 1603 hasta 1665 sólo hubo tres años en los que la peste no produjo ningún muerto.



Imagen nº 1. La nobleza saliendo de la ciudad durante la peste de 1625.
Grabado de autor desconocido.

En 1661 se produjo una grave epidemia en Turquía que se extendió hacia Grecia y sus islas y poco después hacia el oeste. Durante el otoño de 1663 la peste arrasó Amsterdam¹, Rotterdam, Nimega y Haarlem, muriendo 50.000 personas. Daniel Defoe², en su magnífica obra *Diario del año de la peste*, escribía que “*fue hacia principios de septiembre de 1664 cuando supe incidentalmente que la peste había vuelto a invadir Holanda; pues ya había azotado violentamente aquel país, sobre todo Amsterdam y Rotterdam, en el año 1663, cuando, decían, había sido introducida, según unos desde Italia, según otros desde Oriente, con unas mercaderías que transportaba su flota de Turquía; otros decían que había venido de Candía (Creta); otros de Chipre*”.

El rey inglés Charles II prohibió el intercambio comercial con los holandeses, y pocas semanas antes de terminar el año 1663, unos barcos procedentes de Hamburgo y Amsterdam ya pasaron una cuarentena de treinta días en el puerto de Londres. En 1664 la peste se cebaba en la capital holandesa, donde fueron enterradas 24.148 personas. La población holandesa asumió que la enfermedad había sido causada por las excavaciones que se hicieron para construir unos nuevos canales. En esta ocasión, murió más del 10% de la población, que se extendió hacia Bruselas y Flandes.

¹ Murieron 10.000 personas de un total de 200.000 habitantes.

² Daniel Defoe fue un escritor y periodista inglés, conocido como el “padre de la novela inglesa”. Fue autor de la obra *Journal of the Plague Year*, publicada en 1722, en la cual novela los hechos históricos sucedidos durante la peste de Londres y de los que el autor se presenta como testigo ocular. No ha quedado claramente establecido hasta qué punto es cierto todo lo que el autor relata, aunque es evidente que estaba muy bien informado y su testimonio es trascendental para comprender la gravedad de la epidemia.

Se sabe que el escritor tenía un tío llamado Herry Foe, y H.F. son las iniciales con las que firma el libro. Henry Foe era talabartero (artesano de cueros), vivió en Aldgate (la puerta de entrada a la muralla más al este de Londres) y parece seguro que permaneció en Londres durante la Gran Peste. Lo que es incuestionable es que el diario fue escrito por Defoe.

El Embajador inglés comentó en mayo de 1664 que “*en Amsterdam se produjeron 338 muertes la última semana, y a este ritmo, no hará falta que sigan las obras para ampliar la ciudad*”. La gente rica huyó de allí, pues en la peor semana de toda la epidemia murieron 1.041 personas. En Inglaterra estaban aterrados porque pudiera afectarles. Pero a pesar de las precauciones tomadas, la peste entró en Londres.

Los primeros casos no fueron mencionados hasta el 2 de noviembre en unas casas aisladas de las parroquias de Saint Giles y Saint Martin in the Fields (noroeste de Londres) y otros casos de baja intensidad ocurrieron en el invierno, que fue muy frío. Según Defoe, la epidemia se inició “*a fines de noviembre o principios de diciembre de 1664, cuando dos hombres, según dijeron franceses, murieron de la peste en la parta alta de Drury Lane*³. Las familias con las que vivían intentaron ocultarlos hasta donde les fue posible, pero algo se supo por los rumores de la vecindad, y los secretarios de Estado se enteraron, y decididos a hacer averiguaciones, ordenaron que, para cerciorarse de la verdad, dos médicos y un cirujano fueran a las casas e hicieran un informe. Así lo hicieron; y como encontraron señales evidentes del mal en los dos cadáveres, dieron fe pública de que ambos habían muerto de la peste”.

En enero y febrero se dieron algunos casos en la parroquia de Saint Giles, pero fue en el mes de mayo cuando la epidemia ganó en intensidad y se extendió rápidamente desde los sectores más pobres de la ciudad. Tras la primavera llegó uno de los veranos más cálidos que se recuerdan, y los muertos fueron aumentando hasta provocar el pánico generalizado. William Boghurst (1630/1631-1685), médico de la parroquia de Saint Giles, indicó que se inició en Saint Andrew Holborn y en seis meses se extendió desde los suburbios del oeste (Saint Giles) a los del este (Stepney), atravesando toda la City.

En mayo de 1665 se reportaron 85 muertes; 590 en junio, 5.667 en julio, 17.034 en agosto y 31.159 en septiembre, momento en el cual empezó a declinar.

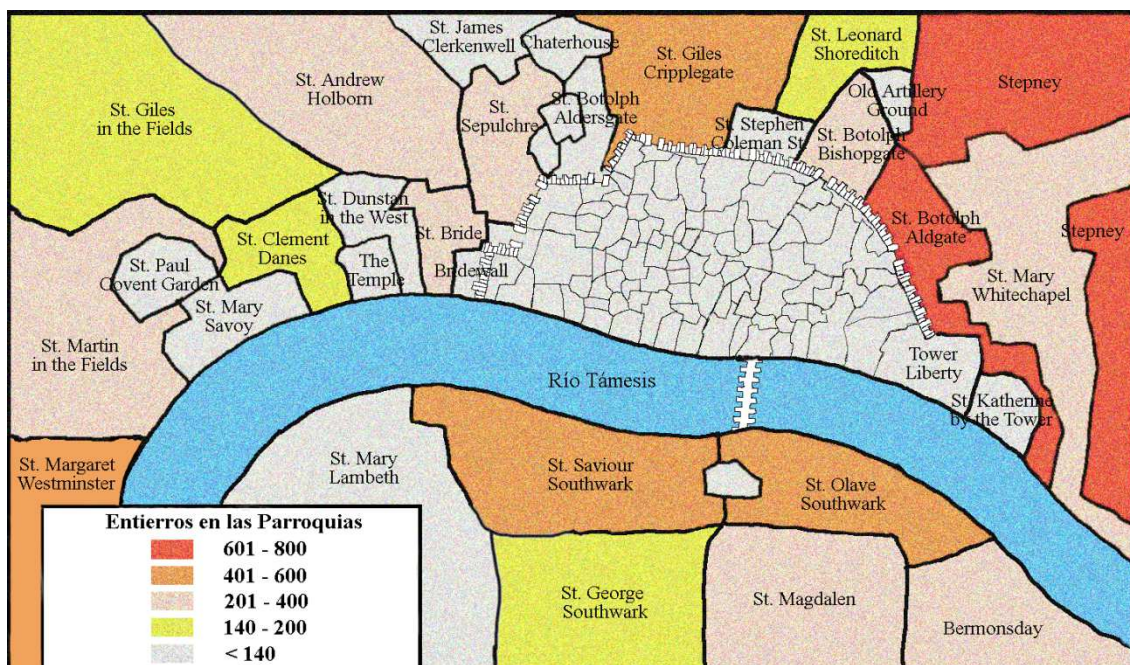


Imagen nº 2. Mapa de la City, amurallada, y las Parroquias vecinas. Momento álgido de la Gran Peste, días 12 a 19 de septiembre de 1665.

Fuente (mapa modificado): A. LLOYD MOOTE and DOROTHY C. MOOTE. *The Great Plague* (London, 2004)

³ Calle del barrio londinense de Covent Garden.

La última *Bill of Mortality*⁴, o relación de mortalidad del año 1665, indicaba que el número de entierros durante ese año (hasta el 19 de diciembre) fue de 68.596, sobre una población estimada en 460.000, aunque se supone que el total de fallecidos pudo alcanzar las 100.000 personas. Murió casi el 20% de los londinenses, teniendo en cuenta que dos terceras partes de ellos huyeron para evitar el contagio. La nobleza dejó la ciudad y se dirigió a sus posesiones en el campo, lo mismo que mercaderes, médicos, abogados y religiosos, pensando que sería mejor ofrecer sus servicios lejos de la ciudad.

La Corte, con el rey Charles II a la cabeza, marchó a principios de julio al Palacio Real de Hampton Court, a unos 19 kilómetros al sudoeste de Londres⁵. Más tarde, ante el avance de la epidemia, escaparía a Salisbury y aún después a Oxford, ciudad donde se había instalado el Parlamento y que quedó libre del contagio.

Según Defoe, a finales de 1664 ya *“se observó con gran inquietud por parte de la población que las listas generales de mortalidad que se daban de forma semanal aumentaban considerablemente, a pesar de ser una época del año en que de ordinario son muy moderadas. Entre el 27 de diciembre y el 24 de enero se produjeron 1.632 entierros, con un aumento de 183 muertos respecto a otros años durante el mismo periodo. La lista era realmente alarmante, ya que desde la epidemia anterior de 1656 nunca había habido tantos entierros en una semana, una media aproximada de 400.*

Sin embargo, esta situación no duró mucho, y, como hacía mucho frío, y las heladas, que habían empezado en diciembre, se prolongaron hasta casi finales de febrero, y muy rigurosas además, acompañadas de vientos vivos, aunque moderados, las listas volvieron a decrecer, por lo que la ciudad recuperó su salubridad y todo el mundo empezó a considerar que el peligro había pasado. Pero a principios de abril la cifra volvió a aumentar, y la gente se alarmó, pues volvió a ser presa de terribles temores, sobre todo debido a que el tiempo había cambiado y se hacía cada vez más caluroso y estábamos ya las puertas del verano”.

El 10 de junio, Samuel Pepys⁶, administrador naval y miembro del Parlamento inglés, hizo en su *Diario* la primera mención a la epidemia: *“por la noche, mientras cenaba, y para mi preocupación, me entero de que la peste ha llegado a Londres, aunque en las tres o cuatro semanas anteriores se había mantenido fuera. Ha empezado en casa de mi buen amigo y vecino el Dr. Burnet de Fenchurch Street (este de la City, intramuros, cerca de la torre de Londres), lo que me inquieta mucho”.* Pepys decidió poner sus cosas en orden *“por si quisiera Dios llevarme. ¡De mí disponga para gloria suya!”.*

⁴ Cada parroquia de Londres producía semanalmente la *Bill of Mortality*, de manera que se tenía un conocimiento muy exacto de la evolución de la epidemia (ver página 839).

⁵ Hay que tener en cuenta que, a diferencia de otras capitales europeas en las que la Corte residía en el corazón de la ciudad, el palacio y el distrito cortesano de Londres estaba ubicado a un kilómetro y medio al sudoeste de la muralla, en medio de los suburbios donde vivía la clase trabajadora.

⁶ Samuel Pepys procedía de una familia de la pequeña burguesía, y un primo de su padre, consejero de Oliver Cromwell, lo contrató como secretario. Tras la muerte del líder político en 1658, Pepys participó en la restauración de la monarquía al posibilitar el regreso de Holanda del rey Charles II, gracias a lo cual obtuvo un puesto de importancia en los negocios marítimos. Cayó en desgracia en 1679 al ser implicado en un asesinato y pasó algunas temporadas en la cárcel. Fue rehabilitado en 1684 y presidió la *Royal Society* entre 1684-1685.

En 1660, cuando tenía 27 años, empezó a escribir su famoso *Diario*, que continuó hasta 1669. Para guardar el secreto utilizó un lenguaje codificado, taquigrafía, que en Inglaterra recibió el nombre de estenografía. El diario fue descifrado y parcialmente publicado por John Smith en 1825, pero no fue hasta 1893 cuando se publicó en su totalidad, comprendiendo los nueve años.

Al día siguiente, la casa del Dr. Burnet fue cerrada, aunque se ganó el aprecio de sus vecinos, pues *“se lo descubrió él primero e hizo que le encerraran por propia voluntad, lo que fue muy generoso de su parte”*. El 15 de junio, Pepys escribía que la ciudad estaba enfermando bastante y la gente estaba asustada: *“la semana pasada murieron 112 de peste, frente a 43 de la semana anterior”*. Dos días más tarde reportaba que *“murieron de la peste cuatro o cinco en Westminster, en varias casas de un callejón frente a la verja del palacio”*.

A mediados de junio la epidemia se extendía por las parroquias que rodeaban la muralla y afectaban distintas puertas de la ciudad: Ludgate y Newgate por el oeste, Cripplegate y Bishopsgate por el norte, y Aldgate por el este. Pasado el río Támesis, infectaba la parroquia de Saint Olave Southwark.

Durante la última semana de junio la población empezó a abandonar Londres: *“veo que casi todos están huyendo, los coches y carros de gente yendo al campo. En Whitehall toda la Corte está llena de carros y gente dispuesta a salir de la ciudad, pues aquí cada día se está peor de la peste. La lista de mortalidad llega a 267, que son unos noventa más que la pasada semana, y de ellos sólo cuatro de Londres, lo que es una bendición para nosotros”*.

La situación se volvió aún peor durante el mes de julio. Defoe escribiría que *“a partir de la primera semana de julio la epidemia se extendió de una manera pavorosa y las listas dieron cifras altísimas; los capítulos de fiebres, tabardillo pintado y males de dientes empezaron a engrosar; pues todo el que podía ocultar su mal lo hacía, para evitar que sus vecinos le rehuyeran y se negaran a tener ni el menor trato con él, y también para evitar que los magistrados clausuraran la casa, lo cual, aunque aún no se hacía, se amenazaba con hacer, y la gente estaba aterrada sólo de pensarlo”*.

En el otro extremo de la ciudad, la consternación no podía ser mayor; y los más ricos, sobre todo los nobles y los burgueses acomodados de la parte oeste, se agolpaban en los caminos para irse de Londres junto con sus familias y sus criados, de un modo nunca visto.

La prisa de la gente era tal que durante varias semanas costó mucho llegar a la puerta del Lord alcalde, tal era el gentío que se aglomeraba allí para obtener salvoconductos y certificados de salud para los que salían de Londres, pues sin tales documentos nadie podía salir de la ciudad ni era admitido en ninguna posada”.



Imagen nº 3. Huida de Londres, por tierra y por mar.
Grabados de John Dunstall (ca. 1644-1675). *Museum of London*

El 5 de julio, Pepys decidió poner a salvo a su esposa y la mandó a Woolwich⁷, junto con sus dos doncellas: *“las dejé cuando iban a cenar, y me dolió separarme de ellas, pues sin mi esposa estoy mucho peor, aunque es un problema cuidar de la familia en casa durante estos tiempos de peste”*.

La gravedad de la situación era manifiesta, y dos días más tarde escribiría que *“ayer fue el día más caluroso que he visto en mi vida. Hoy, muy a mi pesar, he visto en Drury Lane dos o tres casas con una cruz roja que lleva la inscripción “Lord Have Mercy on Us” (Dios tenga piedad de nosotros). Triste espectáculo, el primero de estas características que yo recuerde”*.

Defoe, o mejor dicho, su tío Henry Foe, se planteó marcharse de la ciudad: *“se me aconsejó que me retirara al campo, como habían decidido hacer otros junto a su familia; recordándome lo que, según parece, habían oído decir en el extranjero: que la mejor defensa contra la peste era huir de ella”*.

Luego se me habló de las funestas consecuencias que tienen las ideas de los turcos y mahometanos en Asia y en otros lugares y cómo, fundándose en su creencia en la predestinación y en que el fin de todo hombre está predeterminado e irremisiblemente decretado de antemano, acudían con la mayor indiferencia a lugares contaminados y tenían trato con personas contaminadas, debido a lo cual morían en una proporción de diez a quince mil por semana, mientras que los comerciantes europeos o cristianos, que se mantenían apartados y aislados, generalmente escapaban al contagio”.

Pero tras leer el salmo *“Bajo las alas divinas”*, Foe decidió quedarse en Londres y *“confiar totalmente en la bondad y protección del Todopoderoso y no buscar ningún otro refugio; como mi vida estaba en Sus manos, tanto podía protegerme en tiempos de epidemia como de normalidad; y si él no juzgaba oportuno protegerme, seguía estando en Sus manos y haría conmigo lo que Él juzgase mejor”*⁸.

Continuaba Defoe contando que los jueces de Paz de Middlesex, por orden del Secretario de Estado, habían empezado a clausurar casas en las parroquias de Saint Giles in the Fields, Saint Martin in the Fields, Saint Clement Danes y otras, y ello con buenos resultados, *“pues cuando se organizó una rigurosa vigilancia en torno a las casas contaminadas, y se tomó buen cuidado de enterrar inmediatamente a los que se sabía que habían muerto, la epidemia cesó”*⁹.

⁷ Suburbio del sudeste de Londres, en el barrio de Greenwich

⁸ Salmo 91 (2-10), *Bajo las alas divinas*. Dice Dios:

*“Tú eres mi refugio y mi roca, mi Dios, en quien confío.
Y él te librará de la red del cazador, de la peste exterminadora;
Te cubrirá con sus plumas, hallarás seguro bajo sus alas, y su fidelidad te será escudo y baluarte.
No temerás los espantos nocturnos, ni las saetas que vuelan de día.
Ni la peste que acecha entre tinieblas, ni la mortandad que devasta en pleno día.
Caerán mil a tu izquierda, y diez mil a tu derecha, pero a ti no te llegará.
Con tus mismos ojos mirarás y verás a los impíos recibir su merecido.
Ya que has puesto al Señor por tu refugio, al Altísimo por tu protección,
ningún mal habrá de sobrevenirte, ninguna calamidad llegará a tu hogar”*.

⁹ Defoe añadía que esta medida de clausurar casas fue adoptada por primera vez en el año 1603, con el advenimiento del rey James I, y la autorización para tener a la gente encerrada en sus propias casas fue concedida por una ley del Parlamento, titulada *“Ley sobre los auxilios caritativos y las disposiciones a tomar referentes a las personas contaminadas con la peste”*.

Justo en este momento, el Lord Alcalde de la ciudad, Sir John Lawrence y los dos Sheriff¹⁰, Sir George Waterman y Sir Charles Doe, dispusieron las Ordenanzas concernientes a la epidemia de peste, algunas de ellas ya utilizadas en otros países, antes y después del episodio londinense.

En el mes de mayo, cuando ya parecía que la epidemia sería severa, el Consejo del rey formó un subcomité de emergencia pública sanitaria que solicitó al Colegio de Médicos de Londres, formado por cincuenta especialistas, que trataran de prevenir lo que se avecinaba, por lo que se hizo una revisión de los manuales antiguos en casos de peste, el *Certain Necessary Directions for the Preservation and Cure of the Plague*. Defoe relaciona así las Ordenanzas:

“Es del todo punto necesario, para prevenir y evitar que el mal se extienda, si así place a Dios Todopoderoso, que sean nombrados los oficiales siguientes y que se cumplan debidamente las ordenanzas que se dictan a continuación.

- *Se contratarán inspectores para que averigüen e investiguen, a intervalos regulares, cuáles son las casas contaminadas de cada parroquia y qué personas se hallan enfermas, y en caso de duda se prohibirá la entrada y salida en tales casas hasta que pueda determinarse la naturaleza del mal.*
- *Para toda casa contaminada serán designados dos guardianes, uno para el día, y otro para la noche; y estos guardianes tienen la especial misión de impedir a toda persona entrar o salir de tales casas contaminadas, de las que ellos tienen la custodia, y toda infracción será castigada con severas penas. Y los dichos guardianes deberán atender a todas las necesidades de la casa contaminada; y cuando se les envíe a efectuar algún encargo deberán cerrar la casa con llave y llevarse ésta; y el guardián de día permanecerá en su puesto hasta las diez de la noche, y el guardián de noche hasta las seis de la madrugada.*
- *Cada parroquia pondrá especial interés en formar un cuerpo de inquiridoras, elegidas entre las mujeres de mejor reputación y mayor honradez, que darán noticia fiel de todo aquello de lo que hayan podido enterarse sobre la causa de la muerte de las personas cuyos cadáveres ellas tendrán por misión reconocer, y determinar con tanta exactitud como les sea posible si la muerte ha sido debida a la epidemia o a cualquier otro mal. Que durante todo el tiempo que dure la epidemia, a ninguna inquiridora se le permita desempeñar ningún trabajo público, ni ningún empleo, ni ocuparse de una tienda ni de un tenderete, ni trabajar de lavandera, ni tener ningún trabajo, sea el que fuere.*
- *Se ordena que, para ayudar a las inquiridoras, se elijan y sean nombrados cirujanos capacitados y de buen criterio, independientemente de los que ya forman parte del hospital de apestados. Los susodichos cirujanos, en cada demarcación, deben colaborar con las inquiridoras en el reconocimiento de los cadáveres, a fin de que los informes que se den del mal sean fidedignos.*
- *En toda casa en la que alguien se queje de manchas, rojeces o hinchazón en cualquier parte del cuerpo, o caiga gravemente enfermo sin que aparentemente se adviertan señales de ellas y sean debidas a algún otro mal, el dueño de la casa dará aviso al inspector de salud en el plazo de dos horas, a partir del momento en que se manifestaron los susodichos síntomas.*

¹⁰ Históricamente, el Sheriff era la persona encargada de representar al rey en su condado.

- *Tan pronto como cualquier persona sea declarada contaminada de peste, sea por un inspector, una inquiridora o un cirujano, a partir de aquella misma noche quedará recluida en su casa; y en este caso, aunque más tarde la susodicha persona no muera, la casa que ha habitado quedará clausurada por un mes, después de que los demás miembros de la familia hayan aplicado todas las medidas preventivas que se consideraren necesarias.*
- *Por lo que respecta a la desinfección de los efectos domésticos, las camas, junto con toda su ropa y las colgaduras de las alcobas, deberán ser desinfectadas por medio del fuego y de los perfumes que se usan en tales casos dentro de la casa contaminada, antes de que puedan volverse a utilizar. Los inspectores serán responsables del cumplimiento de estas medidas.*
- *Nadie podrá mudarse de la casa donde ha caído enfermo de peste y trasladarse a otra de la ciudad, si no es al hospital de apestados, a una tienda de campaña o a alguna otra casa que el propietario de la casa contaminada poseyera y habitara con su propia servidumbre, y se darán garantías a la parroquia en donde se haga el traslado.*
- *Que el entierro de los muertos que cause esta epidemia se haga a las horas más convenientes, siempre antes de la salida del sol, después de la puesta, de acuerdo con los capilleros o los alguaciles y no de otro modo; y que no se permita a ningún vecino o amigo acompañar el cuerpo a la iglesia, ni entrar en la casa contaminada, bajo pena de que se le clausure su casa o de ser encarcelado.*
- *Ningún cadáver de apestado podrá ser enterrado ni permanecer en la iglesia, cuando en esta haya servicios religiosos, plegarias públicas o sermones. Y cuando se celebre un entierro en alguna iglesia o cementerio no se permitirá a ningún niño que se acerque al cadáver, al féretro o a la tumba. Y todas las tumbas deberán tener una profundidad mínima de seis pies.*
- *Que ningún efecto doméstico, ningún mueble, ningún vestido, ninguna ropa de cama podrá sacarse de una casa contaminada, y que los ropavejeros y la gente que se dedica a llevar de un lado a otro ropas viejas y objetos usados para venderlos o prestarlos, quedarán fuera de la ley y su comercio prohibido, y que ningún revendedor de ropa usada podrá poner en el escaparate o exponer en su tenderete, o en la ventana de su casa, y ésta dé a una calle, calleja o lugar público, de paso, ropa de cama usada, o vestidos viejos para ser vendidos, bajo la pena de prisión.*
- *Si gracias a un descuido de la vigilancia, o valiéndose de cualquier otro medio, una persona enferma de peste consigue salir o ser sacada de un lugar contaminado y llegar a otro lugar, la parroquia en donde se haya producido este hecho, una vez tenga noticia de él, hará que la persona apestada vuelva de noche al lugar de donde salió, que los responsables del traslado sean castigados según lo disponga el rigor de la demarcación, y que la casa de la persona que haya acogido al apestado sea clausurada durante veinte días.*
- *Que todas las casas contaminadas sean señaladas con una cruz roja de un pie de longitud en medio de la puerta, de modo que sea visible para todos, y se ponga el letrero usual que dice: "Señor, ten piedad de nosotros", que se clavará encima de la cruz, y que deberá seguir en la puerta hasta la reapertura legal de la casa.*

- *Que los alguaciles comprueben si todas las casas están clausuradas y si están debidamente atendidas por los guardianes, quienes deben impedir que los habitantes salgan a la calle, y a su vez, proporcionar a los de la casa todo lo que necesiten, a costa suya, si pueden, y de lo contrario a costa de la comunidad. Las casas deben permanecer clausuradas por espacio de cuatro semanas, a contar desde el momento en que hayan desaparecido los últimos síntomas del mal.*
- *Que se den órdenes precisas a las inquisidoras, cirujanos, asistentes de enfermos y sepultureros, para que no circulen por las calles sin llevar en la mano, de modo bien visible para todos, una vara o verga de color rojo, y no entren en ninguna otra casa más que en la suya o en aquellas a las que se les envíe o se les llame.*
- *Que se vele para que los cocheros no puedan volver a alquilar su coche después de trasladar en él a personas contaminadas ya sea al hospital de apestados o a cualquier otro lugar sin que sus vehículos hayan sido debidamente desinfectados y hayan permanecido sin ser utilizados durante los cinco o seis días siguientes al mencionado traslado.*
- *Que se adopten especiales medidas para que ningún pescado que huelga mal ni ninguna carne corrompida ni grano florecido ni ningún otro alimento en mal estado, sea de la clase que sea, pueda venderse dentro de la ciudad o en sus alrededores.*
- *Que se hagan inspecciones en las ferreterías y tabernas con objeto de averiguar si los barriles no tienen moho y se hallan en buen estado.*
- *Que queda prohibido tener dentro de la ciudad cerdos, perros, gatos o palomas domésticas, así como que los cerdos vaguen por las calles o callejas, y que, en caso de que el muñidor u otro oficial de la parroquia los encuentre, los retenga y sus dueños sean castigados de acuerdo con la ley del Consejo Municipal, y que los perros reciban la muerte por los hombres designados con este fin.*
- *Dadas las numerosísimas quejas que se han recibido referentes a la multitud de mendigos y vagabundos que pululan por toda la ciudad, y que son una de las causas más importantes de la extensión de la epidemia, se dispone que los alguaciles y todas aquellas otras personas a quienes por una u otra causa afecte este estado de cosas, velen particularmente para que ningún mendigo ni vagabundo circule, bajo ningún pretexto, por las calles de la ciudad, aplicándoseles en caso necesario las penas que dispone la ley, cuyo peso caerá sobre ellos con toda severidad.*
- *Que todo espectáculo, ya sea de representaciones teatrales, de combates de osos, de juegos, de cantos de baladas, de luchas con espada y escudo, u otras semejantes, que den motivo a reuniones públicas, queden totalmente prohibidos, y los transgresores sean severamente castigados por el correspondiente regidor de la demarcación.*
- *Que todo banquete, y particularmente los de las Corporaciones de esta ciudad, y comidas en tabernas, cervecerías y otros lugares públicos de reunión queden prohibidos hasta nueva orden; y que el dinero que de otro modo se hubiera empleado en tales cosas se destine a la asistencia de los pobres contaminados por la epidemia.*

- *Que la embriaguez manifiesta en tabernas, cervecerías, cafés y bodegas sea severamente castigada, considerándola como un grave pecado de nuestro tiempo y causa principal de la propagación de la peste. Y que no se permita que ninguna persona, ni ningún grupo de personas, esté o entre en ninguna taberna, cervecería o café, para beber, pasadas las nueve de la noche, de acuerdo con las antiguas leyes y costumbres de la ciudad.*

Algunas de las Ordenanzas parecían medidas muy rigurosas y crueles, sobre todo el cerrar las casas con la gente dentro y poner un guardia a la puerta durante día y noche para que nadie entrara ni saliera. Defoe la criticaba, diciendo que *“quizás las personas sanas de la familia habrían podido escapar al mal de no haber tenido que convivir con el enfermo. Es razonable creer que muchos de los que murieron en estas tristísimas reclusiones, a pesar de tener un apestado en la casa, no habrían caído enfermos de haber gozado de libertad”*.

Defoe contaba el caso de una casa de Whitechapel que fue clausurada por causa de una criada que había contraído la peste, aunque únicamente tenía manchas en la piel y no las señales típicas de la enfermedad, por lo que rápidamente se restableció.

Sin embargo, no se permitió a los de la casa salir de ella, y *“durante cuarenta días no pudieron respirar aire libre ni hacer el menor ejercicio. La falta de aire, el miedo, la cólera, el disgusto y todas las demás penas inherentes a un trato tan duro, hicieron que la señora de la casa cayera enferma de fiebre, y los visitantes fueran a verla y dijeran que tenía la peste, aunque los médicos aseguraban que no”*. Sin embargo, el informe del visitador fue determinante y la familia se vio obligada a iniciar una nueva cuarentena, a pesar que ya faltaban muy pocos días para que venciera la primera.

Defoe añadía que *“esto les dejó tan deprimidos, y les produjo tal cólera y aflicción, y, como ya he dicho antes, la falta de espacio y de aire puro que respirar era tal, que la mayoría de la familia cayó enferma, unos de un mal, otros de otro, sobre todo dolencias escorbúticas; y sólo uno de ellos de un violento cólico.*

Hasta que, después de que su reclusión se prolongara varias veces más, alguien de los que venía con los visitantes para reconocer a las personas que estaban enfermas, con la esperanza de liberarlas, introdujo el mal en la casa y contaminó a todos, y todos o la mayoría de ellos murieron, no de la supuesta peste que decían que tenían antes, sino de la peste que les contagiaron aquellos que tenían por misión defenderles del mal”.

Los ciudadanos adinerados contrataban las llamadas *“nurses”* (enfermeras), mujeres sin formación que cobraban por visitar a los afectados y llevarles comida o lo que fuera. Pero esta oportunidad también era aprovechada para robar en las casas que visitaban.

Al principio, la gente protestaba ruidosamente por su encierro, y se dieron varios casos en que los reclusos atacaron y causaron heridas y aún la muerte, a los vigilantes apostados en las puertas de sus casas: *“desde que empezó la epidemia hasta que terminó, por lo menos mataron a dieciocho o veinte guardianes, y al parecer los agresores eran los habitantes de las casas contaminadas que habían sido clausuradas, y a los que, cuando intentaban salir a la calle, se les oponía resistencia”*.

También hubo casos en que los enfermos o sus familiares escaparon por la fuerza, pues *“como estas prisiones no tenían ni barrotes ni cerrojos como suelen tener las prisiones normales, la gente se descolgaba por las ventanas, incluso en presencia de los guardianes, llevando en la mano espadas o pistolas y amenazando a aquellos desdichados con disparar contra ellos si se movían o pedían socorro”*.

Durante la primera semana de julio se produjeron 725 muertos, y fue rumoreado que los perros y gatos contagiaban la enfermedad, por lo que el Lord Alcalde ordenó a finales de junio que todos estos animales fueran muertos (ya aparece en las Ordenanzas). Daniel Defoe defendía esta medida pues *“eran animales domésticos que corren de casa en casa y de calle en calle, y de esta manera llevan los efluvios o vapores pestilenciales de los cuerpos contaminados en la piel o en el pelo. Por tanto, siguiendo el consejo de los médicos, se dio la orden según la cual debía darse muerte inmediata a todos los perros y gatos, nombrándose un oficial para que cuidara del cumplimiento de esta orden.*

Si puede darse crédito a las cifras que se dieron, es casi increíble el prodigioso número de estos animales que fueron sacrificados. Creo que hablaban de cuarenta mil perros y de un número cinco veces mayor de gatos, pues eran pocas las casas que no tenían un gato, y algunas varios, y a veces cinco o seis en una casa. También se hizo todo lo posible por exterminar a los ratones y ratas, sobre todo a estas últimas, utilizando arsénico y otros venenos, y fueron incontables las que murieron de este modo”.



Imagen nº 4. Matanza de perros en Londres.

Grabado de John Dunstall.
Museum of London.

A finales de julio, la epidemia afectaba prácticamente a toda la ciudad, y en la parroquia del propio Pepys murieron 40 en una sola noche, de manera que se apresuró para *“dejarlo todo arreglado y ruego a Dios que me permita hacerlo, tanto para el cuerpo como para el alma”*. La lista de la semana del 27 de julio había aumentado en más de 1.000 defunciones. En total, 2.010 muertos por causa de la peste¹¹.

Pepys informaba que a principios de agosto, *“las calles estaban completamente vacías, ahora incluso en Londres, un espectáculo muy triste. En Westminster Hall la señora Umford me contó historias muy tristes, como la de la familia del hijo de la señora Michell. Y el pobre Hill, que nos vendía cerveza en la puerta del Hall, con su mujer y sus tres hijos, muertos, creo que todos en un día”*. A 10 de agosto las listas de la semana fueron escalofriantes: cerca de 4.000 muertos. Ese mismo día, Pepys redactó su nuevo testamento, *“pues la ciudad está tan enferma que un hombre no puede estar seguro de tener dos días para morir”*.

Las medidas sanitarias que se llevaron a cabo no resultaron efectivas, y como escribió Nathaniel Hodges, médico que permaneció en la ciudad durante la epidemia, en su celebrada obra *Loimologia sive pestis nuperae Apud populum Londinensem narratio* (1672), *“como se ha observado en otras epidemias, la gente entraba infectada en sus*

¹¹ Según el *Bill of Mortality*, la mortandad durante el mes de julio, semana a semana, fue la siguiente: 4 a 11 de julio, 725 muertos; 11 a 18 de julio, 1.089 muertos; 18 a 25 de julio, 1.843 muertos y 25 de julio a 1 de agosto, 2.010 muertos.

casas y no tenían reparos en dormir en las mismas camas de aquellos que habían muerto de peste.

La enfermedad fue siempre más destructiva entre la gente escuálida, en los barrios sucios y en general entre los pobres, por esto recibió el nombre de “peste de los pobres”. Los que vivían en lanchas de remolque o en barcos no fueron afectados por la enfermedad, y las casas cercanas al puente resultaron casi indemnes”.

Los remedios fueron muy escasos¹², y a pesar que algunos médicos trataron de buscar soluciones, incluso en autopsias realizadas a cadáveres de apestados, poco podían hacer. El doctor Thomas Sydenham, como se ha reportado en el capítulo dedicado a la peste, trató de incorporar las antiguas técnicas, las sangrías y la sudoración, con una mentalidad médica moderna, innovadora (que le supuso ciertas enemistades), pretendiendo atacar la enfermedad de manera agresiva aplicando medicación y tratamiento “de calidad”.

Él aconsejó que *“un cuidador debe confiar en las medicinas de calor a pesar que la peste sea una enfermedad inflamatoria. Produciendo sudor, el cuerpo exhalará las partículas infecciosas de la sangre. Si esto fallara y la inflamación aumentara a pesar de la sudoración, será necesaria la sangría. Y si esto no fuera suficiente, recomiendo confiar en las energías terapéuticas de la naturaleza y esperar una mejora”.* Para los dolores insoportables que pudiera acusar el paciente, Sydenham recomendaba láudano, un derivado del opio¹³.

Según el Dr. Ozanam, el tratamiento empleado por Sydenham consistía en la *“sangría repetida pero moderada, pues había observado que la sangre extraída estaba cubierta de una corteza pleurética y que a algunos cadáveres, al morir, les salía sangre de la nariz. Después de la sangría prescribía diaforéticos (que inducen a abundante sudoración), después eméticos (vomitivos) y después teriaca, agua de cardos bendecido, infusiones de scordium (Camedrio acuático, *Teucrium scordium*) o de salvia para provocar la sudoración; veinticuatro horas después era necesario continuar con las mismas bebidas y dar un catártico (secretor); no era conveniente sangrar cuando los bubones habían aparecido”.*

Se calcula que la mitad de los médicos, cirujanos y farmacéuticos de la ciudad abandonaron la ciudad, quedando solamente entre 250-300 de ellos, una cantidad absolutamente insuficiente. Por tanto, los llamados “doctores de la peste”, sin la cualificación necesaria, se convirtieron en los encargados de determinar los casos infecciosos.

Defoe escribía que *“los gritos de mujeres y niños en las ventanas y puertas de las casa en donde tal vez sus parientes más próximos estaban agonizando, o acababan de morir, se oían con tanta frecuencia al pasar por las calles, que oírlos bastaba para destrozar el más duro de los corazones. Estos terrores y este pánico de la gente llevó a caer en innumerables necedades, locuras y maldades, y no faltaron consejeros realmente*

¹² Se llegaron a romper, quemar, mojar o airear las cartas para eliminar “la materia pestilencial”.

¹³ El láudano es una tintura alcohólica del opio que fue preparada por primera vez por el alquimista Phillip von Hohenheim, Paracelso. Las más famosas mezclas de alcohol y opio fueron las comercializadas por Sydenham, cuya fórmula era la siguiente: opio de Esmirna, 200 g.; azafrán cortado, 100 g.; canela de Ceilán, 15 g.; clavos de especia, 15 g.; vino de Málaga, 1.600 g. La preparación consistía en cortar el opio en pedazos pequeños y ponerlo con las otras sustancias en un matraz; macerarlo por espacio de quince días y agitarlo con frecuencia. Luego se colaba, se exprimía fuertemente y se filtraba. Cada gramo de este láudano (33 gotas) contenía 12,5 gramos de opio.

perniciosos para alentarla a seguir este camino, que no era otro que el de correr a consultar adivinos, magos y astrólogos, para conocer su destino, o, como se dice vulgarmente, para que les dijeran la buena ventura, les hicieran su horóscopo, y demás cosas por el estilo; y estas necedades hicieron que la ciudad no tardara en rebosar de una abominable caterva de falsos magos, que se dedicaban, según ellos decían, a la magia negra, y a no sé qué bobadas más; es decir, que pretendían tener trato con el diablo, algo que era mil veces peor que los delitos de los que eran realmente culpables. Este comercio proliferó de una forma tan manifiesta, y su práctica se extendió tanto, que llegó a ser frecuente que en muchas puertas hubiera muestras y letreros que dijeran: “aquí vive un adivino”, “aquí vive un astrólogo”, “aquí se hacen horóscopos”, y así por el estilo. No necesito decir el escandaloso fraude que era aquello, ni cuáles eran sus fines; pero no hubo medio de atajarlo, hasta que la misma peste puso fin a todo esto y supongo que limpió la ciudad de la mayoría de estos embaucadores.

Por otra parte, es casi increíble y apenas concebible hasta qué punto las puertas de las casas y las esquinas de las calles estaban cubiertas de anuncios de médicos y notas de personas ignorantes diciendo verdaderas barbaridades sobre medicina, y que invitaban a la gente a acudir a ellos en busca de remedios, que generalmente se anunciaban con frases tan pomposas como “píldoras infalibles contra la peste”, “preservativos de efectos seguros contra el contagio”, “eficacísimos cordiales de efectos seguros contra la corrupción del aire”, “minuciosos consejos que deben seguirse en caso de contagio”, “píldoras antipestilenciales”, “incomparable poción contra la peste, nunca descubierta hasta ahora”, “remedio universal contra la peste”, “el único y verdadero elixir de la peste”, “el antídoto supremo contra toda clase de contagios”.

Y los anuncios estaba redactados de un modo tan capcioso como el siguiente: “Un eminente médico del sur de Alemania, recientemente llegado de Holanda, en donde residió durante todo el tiempo de la gran peste que hubo en Amsterdam el año pasado, y curó a multitud de personas que habían sido ya atacadas por el mal”.

“Una dama italiana, que acaba de llegar de Nápoles, y que posee un precioso secreto para evitar el contagio, secreto que descubrió gracias a su gran experiencia, y que le hizo efectuar curas maravillosas durante la última peste de aquella ciudad, en la que murieron veinte mil personas en un sólo día”.

“Una anciana dama que ya practicó su arte con gran éxito durante la última peste de esta ciudad en el año 1636, da consejos sólo a personas del sexo femenino”.

“Un médico de gran experiencia que ha estudiado largo tiempo los antídotos contra toda suerte de venenos e infecciones, después de cuarenta años de práctica, ha llegado ahora a tal competencia que, con la ayuda de Dios, puede dar consejos acerca de cómo evitar el contraer cualquier mal contagioso. Para los pobres la consulta es gratis”¹⁴.

También se usaban encantos, filtros, exorcismos, amuletos y otras invenciones semejantes para fortalecer el cuerpo contra la peste, valiéndose de signos del zodiaco, de papeles atados con tantos nudos, en los que se escribían ciertas palabras, o se

¹⁴ Este médico no cobraba nada “por aconsejar a los pobres”, pero sí cobraba por el medicamento que recetaba. Una de sus clientas le dijo: “¡Ay! entonces esto es una trampa para los pobres; porque le aconsejáis sin pedirles nada a cambio; es decir, les aconsejáis gratis que compren vuestro medicamento por el que pedís dinero. Esto es lo que hacen todos los tenderos con lo que venden”. Entonces, la mujer empezó a insultar y se quedó todo el día ante la puerta de la consulta, contando a todo el que pasaba lo que le había ocurrido. El médico, consciente que aquella mujer le espantaba la clientela, la llamó de nuevo y le regaló una caja de medicamentos.

trazaban determinadas figuras, como por ejemplo la palabra “Abracadabra”¹⁵, formando un triángulo o pirámide.

Estos desgraciados comprobaron por sí mismos la insuficiencia de estos medios y cuántos de ellos no tardaron en ser transportados en una carreta de cadáveres y arrojados a las fosas comunes de todas las parroquias, llevando colgados del cuello estos diabólicos talismanes y demás baratijas”.

Defoe también contaba la situación terrible de las mujeres que estaban embarazadas y debían alumbrar a su hijo, pues no podían aspirar a ningún género de asistencia. La mayoría de las parteras habían muerto, sobre todo las que asistían a los pobres, y las demás, sobre todo las de renombre, habían huido de la ciudad.

La consecuencia fue que un gran número de mujeres se vieron en las situaciones más extremas: *“en algunos casos el parto se malogró por la imprudencia y la ignorancia de las que pretendían asistir a la madre. Incontables niños, fueron, por así decirlo, asesinados por la misma ignorancia, aunque quizás más excusable de las que pretendían salvar a la madre sin preocuparles lo que le sucediera al niño; y muchas veces tanto la madre como el niño sufrieron las trágicas consecuencias de todo esto; y sobre todo cuando la madre tenía el mal, nadie quería acercarse a ella, y entonces ambos morían.*

A veces la madre había muerto de la peste mientras el niño aún no había acabado de nacer o había ya nacido pero aún no había sido separado de ella. Algunas morían en los mismos dolores del parto y sin haber dado a luz; y eran tantos los casos de este género que es difícil dar una opinión sobre ellos.

Hubo un cierto aumento de niños que murieron de hambre en el período de la lactancia, pero esto no fue nada. La peor situación era la de los que morían de hambre por falta de nodriza, mientras la madre agonizaba y toda la familia, niños inclusive, yacían a su lado muertos de inanición. Hubo también los que murieron no de hambre, sino envenenados por la nodriza. Incluso cuando la nodriza era la propia madre, pues hallándose contaminada, envenenaba, es decir, contaminaba al niño con su leche, aun antes de que ella misma supiera que estaba contaminada; diré más, el niño en estos casos moría antes que la madre”.

Seguidamente, Defoe explicaba el terrible caso de un comerciante de East Smithfield, cuya esposa estaba encinta por primera vez. Cuando empezó a sentir los dolores del parto ya había contraído la peste. El marido no pudo encontrar ni partera ni asistenta que atendiera a su mujer, y además las dos criadas habían huido de la casa. Lo máximo que logró fue que un guardia que prestaba servicio en una casa contaminada le prometiera enviarle una asistenta por la mañana. Defoe contaba que *“el pobre hombre, con el corazón destrozado, volvió a su casa, asistió a su mujer lo mejor que pudo, reemplazando a la partera, y la ayudó a traer al mundo un niño muerto. Al cabo de una hora, poco más o menos, su esposa murió en sus brazos, con los que siguió abrazando el cuerpo hasta que por la mañana llegó el guardián con la asistenta que le había prometido. Después de subir las escaleras, encontraron al hombre abrazado a su esposa muerta y tan abatido por el dolor que murió pocas horas después, sin tener en*

¹⁵ *Abracadabra* es una palabra mística, probablemente de origen semítico, usada en magia para invocar a los espíritus benevolentes contra la enfermedad. La primera mención conocida se remonta al segundo siglo antes de Cristo, en el poema llamado *De Medicina Praecepta*, atribuido al médico Serenus Sammonicus, que prescribía a los pacientes que llevaran un amuleto que contuviera la palabra escrita en forma de un cono invertido.

su cuerpo ninguna señal de infección, sino estando tan sólo abrumado por el peso de su desgracia”.

La epidemia de peste mantenía su gran intensidad mortífera. Pepys observaba que moría tanta gente que era preciso enterrarlos de día, pues las noches no bastaban para ello. El día 20 de agosto fue andando hacia Greenwich, y por el camino se encontró un ataúd con un muchacho dentro, muerto de aquella enfermedad: *“estaba en un terreno de la granja de Coome; lo dejaron allí anoche y la parroquia no ha designado a nadie para que lo entierre. Sólo han decidido que lo vigilen día y noche para que nadie se acerque allí ni venga de aquel sitio, algo de lo más cruel. Esta enfermedad nos vuelve más crueles entre nosotros de lo que somos con los perros”.*

La gravedad de la situación era tan extrema que Pepys decidió finalmente marcharse con su esposa. El 31 de agosto escribió que *“me preparo para dirigirme a Woolwich, pues la peste ha aumentado esta semana más allá de toda previsión, más de 6.000 muertos”*¹⁶.

Defoe comentaba que desde su casa, cuando miraba el extremo de Harrow Alley, un lugar donde vivían muchos pobres, la mayoría de los cuales trabajaban en carnicerías o en empleos que dependían de la misma profesión¹⁷, veía un espectáculo tristísimo, pues *“a veces salía multitud de gente, sobre todo mujeres, que prorrumpían en terribles gritos en los que se mezclaban alaridos, lamentos y voces con que se llamaban los unos a los otros, sin que se supiera a qué se debía todo aquel movimiento. Durante casi toda la noche el carro de los muertos estaba estacionado en la entrada de la calleja, pues si hubiera entrado en ella les habría sido muy difícil dar la vuelta y además tampoco habría podido entrar más que muy poco trecho. Estaba allí para recoger los cadáveres y como el cementerio estaba bastante cerca, cuando se iba lleno, no tardaba en regresar. Sería imposible describir los horripilantes gritos y el tumulto que hacía aquella pobre gente al llevar al carro los cadáveres de sus hijos y amigos, y por su número casi podría creerse que no quedaba nadie en casa, o que allí vivía gente suficiente para poblar una pequeña ciudad”.*

¹⁶ Según el *Bill of Mortality*, la mortandad durante el mes de agosto, semana a semana, fue la siguiente: 1 a 8 de agosto, 2.815 muertos; 8 a 15 de agosto, 3.880 muertos; 15 a 22 de agosto, 4.237 muertos; 22 a 29 de agosto, 6.102 muertos; y 29 de agosto a 5 de septiembre, 6.988 muertos.

¹⁷ Defoe explicaba que la necesidad de salir de casa para comprar provisiones contribuyó a difundir la enfermedad, pues la gente se aglomeraba en las tiendas y se contaminaban el mal los unos a los otros, *“y muchos enfermos que iban sanos a los mercados volvían a sus casas llevando la muerte”.* Tenía la certeza que entre los carniceros de Whitechapel, los encargados de sacrificar a la mayoría de animales de la ciudad, hubo muchísimas víctimas, y esto lo confirmaba el hecho que muchas de sus tiendas permanecieron cerradas. El carnicero se protegía como podía, y *“nunca tocaba el dinero, sino que hacía que lo metiesen en un cacharro lleno de vinagre, que tenía a tal objeto. El comprador siempre iba provisto de moneda pequeña, a fin de poder pagar la suma exacta y no tener que aceptar cambio”.*



Imagen nº 5. Muertos y moribundos en las calles de Londres.

Grabado de autor desconocido (publicado en el año 1848).

Los entierros se efectuaban en las fosas que se abrían en cada parroquia. Defoe describió la fosa de Aldgate, que *“era enorme y según me pareció medía unos cuarenta pies de largo y unos quince o dieciséis de ancho y cuando yo la vi por vez primera, unos nueve pies de hondo; pero más tarde cavaron hasta llegar a una profundidad de cerca de veinte pies, hasta que no pudieron cavar más porque se encontraron con agua.*

La fosa se terminó el 4 de septiembre, y empezaron a enterrar el 6, y alrededor del día 20; es decir, exactamente dos semanas más tarde, habían metido en ella 1.114 cadáveres, y ya entonces se vieron obligados a cubrirla, porque de seguir enterrando allí los cadáveres, habrían estado a menos de seis pies de la superficie”.



Imagen nº 6. Entierros en fosas y transporte de féretros.

Grabados de John Dunstall. *Museum of London.*



Defoe comentaba el caso de un hombre, trastornado, que se encontraba en el cementerio, acompañando al carro de muertos que llevaba a su esposa y a varios de sus hijos. Les dijo a los sepultureros que lo dejaran tranquilo pues sólo quería ver cómo arrojaban los cadáveres a la fosa, que luego ya se iría.

Pero una vez puestos los cuerpos en la fosa, se desplomó sin sentido: *“fue una escena terrible, que me afectó mucho; pero todo el resto era espantoso, horrendo. El carro llevaba dieciséis o diecisiete cadáveres; unos iban envueltos en sábanas, otros no llevaban más que harapos encima e iban casi desnudos, o perdían la escasa tela que cubría sus cuerpos al ser lanzados fuera del carro, y caían completamente desnudos, mezclados los unos con los otros; pero a ellos poco podía importarles esto, pues nadie podía considerarlo una falta de decencia, ya que todos estaban muertos e iban a amontonarse en la fosa común de la humanidad, por decirlo así, pues allí no se hacía ninguna diferencia, y los pobres se mezclaban con los ricos; no había otras clases de entierros, ni habría sido posible que los hubiera, pues no se habrían encontrado ataúdes suficientes para un número tan enorme de personas como las que morían en aquella calamidad”*.



Imagen nº 7. Entierro nocturno de cadáveres en las “fosas de peste”.

Grabado de autor desconocido (publicado en el año 1848).

“Los habitantes de los pueblos vecinos, compadecidos de los pobres que habían huido de la ciudad y no tenían donde guarecerse, les llevaban comida y se la dejaban a cierta distancia, a fin de que pudieran cogerla, si es que podían; y a veces no podían, y cuando la gente volvía allí encontraban a aquellos desdichados muertos, tendidos por tierra, y la comida intacta.

Entonces, los campesinos cavaban un hoyo a cierta distancia de los cadáveres, y luego con largas pértigas con ganchos en los extremos, arrastraban los cuerpos hasta estas fosas, y les arrojaban tierra encima desde tan lejos como podían echársela, para cubrirlos, no sin prestar atención a la dirección del viento, situándose, como dicen los marineros, a barlovento, a fin de que el hedor de los cadáveres fuese llevado lejos de ellos; y así fueron muchos lo que desaparecieron de este mundo, y de ellos nunca más se supo, ni constaron ni en las listas de mortalidad ni en ninguna otra parte”.

A principios de septiembre, ante la incapacidad de frenar el auge de la epidemia, la Facultad de Medicina propuso que sería bueno efectuar fuegos por toda la ciudad, con la intención de depurar el “aire tan contagiado” que se respiraba y calmar la violencia de la enfermedad. Sin embargo, algunos médicos aseguraban que no serían beneficiosos y sólo servirían para perjudicar la salud pública.

Tampoco se ponían de acuerdo en el combustible a utilizar. Defoe comentaba que “*los unos decían que debía ser madera, y no carbón, y determinadas clases de maderas, como por ejemplo de cedro o de abeto, debido a los fuertes efluvios de la trementina; otros eran partidarios del carbón y no de la madera, debido al azufre y al betún.*”

Además, se decía que las partículas sulfurosas y nitrosas que a menudo se dan en el carbón, así como las sustancias bituminosas que arden contribuyen a limpiar y purificar el aire y hacerlo más sano y apto para ser respirado, una vez que estas partículas han quedado dispersas y consumidas; y por fin había quien era contrario a una cosa y a otra. En vista de lo cual el Lord Alcalde ordenó que no hubiera más hogueras, sobre todo porque la peste había adquirido tal violencia que era evidente que desafiaba todas las medidas, y, cuando se aplicaba algún medio para combatirla y contrarrestar sus efectos, más parecía aumentar que ceder”.

Los fuegos públicos duraron muy poco, tres días y tres noches, y además las lluvias torrenciales que no cesaban los apagaron por completo. Además, no se observó ninguna mejoría, muy al contrario, pues la *Bill of Mortality* publicada el día en que se iniciaron las tormentas ya informaba de un aumento en la cifra de muertos.

Defoe contaba que el coste de aquellos fuegos fue muy elevado, “*unos 200 chaldrones por semana, y de haberse continuado, habrían supuesto verdaderamente una gran cantidad*”. Hay que tener en cuenta que las hogueras eran muy numerosas y estaban dispuestas en distintos lugares de la ciudad: “*una en la Aduana, otra en Billingsgate; otra en Queenhithe y otra en las Three Cranes; una en Blackfriars y otra en la entrada de Bridewell; otra en la esquina de Leadenhall Street y Gracechurch; una en la puerta norte y otra en la puerta sur de la Bolsa del rey, una en Guild Hill y otra en la entrada de Blackwell Hall; una en la puerta de la casa del Lord Alcalde, en Saint Helen’s, otra en la puerta de la catedral de Saint Paul, y otra en la entrada de la iglesia de Bow. Ya no recuerdo si había también en las puertas de la ciudad, pero sí que había otra en la entrada del Puente, al lado mismo de la iglesia de Saint Magnus*”.

La desesperación era muy grande entre la población y pocos hacían caso de las Ordenanzas dictadas por el Lord Alcalde. Pepys afirmaba que “*no era extraño ver a la luz del día dos o tres entierros en la orilla, uno detrás de otro, sin duda por la peste, y, sin embargo, con cuarenta o cincuenta personas acompañando a cada uno*”.



Imagen nº 8. Entierro y cortejo fúnebre.

Grabado de John Dunstall.
Museum of London.

La situación era tan extrema que se contrataron “buscadores”, los encargados de encontrar cuerpos muertos o víctimas de peste que no hubieran sido localizadas por la autoridad. La frase proferida por ellos, “*mostrad a vuestros muertos*”, se oyó con mucha frecuencia durante este mes de septiembre. También se daba el caso que cuando la peste devastaba un barrio, apenas podía pasarse por sus calles sin encontrarse diversos cadáveres tendidos por el suelo.

Si bien al principio se avisaba a la autoridad para que los recogiera, más adelante ya no se les prestaba atención, y según explicaba Defoe, “*si alguna vez nos encontrábamos con algún cadáver por la calle, cruzábamos a la otra acera y no nos acercábamos a él; o si era en alguna calleja o callejón estrecho, dábamos media vuelta y tomábamos otra calle para ir al lugar adonde nos dirigíamos.*”

Y en esos casos se dejaba el cadáver allí hasta que los oficiales de la parroquia se enteraban y venían a llevárselo, o hasta la noche, cuando los que iban en el carro de los muertos los recogían y se los llevaban”.

También se produjeron muchos robos. Defoe contaba que “*los hombres impávidos que hacían aquellos oficios no dejaban de vaciarles los bolsillos, y a veces de despojarles de sus ropas si iban bien vestidos, y en ocasiones así era, y de quedarse con todo lo que podían. La avaricia en algunos era tan fuerte que se exponían a todos los peligros para robar y dedicarse al pillaje; y, sobre todo en casas en las que toda la familia o todos los que habitaban habían muerto y ya se habían llevado los cadáveres, forzaban la puerta exponiéndose a los mayores riesgos, y, sin tener en cuenta el peligro del contagio, se llevaban incluso vestidos de los muertos y la ropa de la cama en donde aún se hallaba tendido algún cadáver”.*

Pepys escribía el 7 de septiembre que el listado semanal anunciaba la muerte por peste de 6.678 personas, “*un número terrible que hace temer que la epidemia se ha extendido tanto que continuará entre nosotros*”. Sin embargo, en la lista de la semana siguiente hubo un descenso de más de 500 personas (6.102 muertos), aunque dentro de las murallas el contagio había aumentado y se tenía la convicción que los registros seguirían al alza, como así fue, pues el 20 de septiembre volvió a ascender la mortandad en 600 personas respecto a la semana anterior: 7.165 muertos a causa de la peste, el registro más alto hasta el momento, a pesar que el clima ya era muy frío. El 5 de octubre mejoraron mucho las estadísticas, con 740 muertos menos que la última semana de septiembre. Según Pepys, el 16 de octubre las calles permanecían “*vacías y tristes, con tanta gente pobre, enferma, con llagas. Me dicen que en Westminster no queda ningún médico, sólo un boticario, pues están todos muertos*”. A finales de octubre hubo un descenso de más de 400 muertos y “*únicamente*” hubo que lamentar 1.031 defunciones. A principios del mes siguiente ya empezó a producirse el regreso de la población huida. El frío era intenso y el 23 de noviembre, Pepys escribía que “*sigue la tremenda helada, lo que nos da esperanzas de que sea la cura perfecta para la epidemia*”. A 30 de noviembre se tuvieron las mejores noticias, pues sólo murieron 333 personas de peste¹⁸.

A finales de año apareció la lista general con la relación anual de entierros (hasta el día 19 de diciembre) según habían reportado todas las parroquias de Londres, intramuros y extramuros. En total fueron enterradas 68.596 personas (en realidad dos menos, según los datos facilitados por la lista): 9.964 en las noventa y siete parroquias del interior de la muralla; 28.888 en las dieciséis parroquias que bordeaban la muralla y se situaban al sur del río Támesis; 21.420 en las doce parroquias de Middlesex y Surrey, y 8.403 en las cinco parroquias pertenecientes a las *Liberties* de Westminster.

¹⁸ Según el *Bill of Mortality*, la mortandad durante el mes de noviembre fue la siguiente (entre paréntesis el aumento o descenso respecto de la semana anterior): del 31 de octubre al 7 de noviembre, 1.414 muertos (+399); del 7 al 14 de noviembre, 1.050 muertos (-428); del 14 al 21 de noviembre, 652 muertos (-454); del 21 al 28 de noviembre, 333 muertos (-361); del 28 de noviembre al 5 de diciembre, 210 muertos (-116).

Cabe añadir la curiosidad que en las *Pesthouse*¹⁹ (casas de apestados) tan sólo se produjeron 156 muertes, lo que da idea de la escasa incidencia que tuvieron estas instalaciones durante la epidemia, a diferencia de otros países, que preferían aislar a los enfermos en centros especiales más que mantenerlos encerrados en sus propias casas.

En el último día del año de 1665, Pepys hacía balance y escribía que habían pasado un momento muy triste a causa de la epidemia y habían aumentado sus gastos por el hecho de tener que mantener a su familia por mucho tiempo en Woolwich²⁰. Pero *“la peste ha bajado hasta quedarse en nada, y tengo previsto ir a Londres en cuanto pueda. Mi familia ha estado bien este tiempo y todos los amigos que conozco, excepto mi tía Bell y algunos hijos de mi prima Sarah, que han muerto por esta enfermedad. Muchos a los que conocía bastante bien están muertos. Sin embargo, la ciudad se llena rápidamente y las tiendas empiezan abrir. Ruego a Dios que siga bajando la peste, pues esta mantiene a la Corte lejos del lugar de trabajo y así todo sigue mal en los asuntos públicos, pues en la distancia no piensan en ellos”*.

El 3 de enero se recibía con gran alegría la noticia que durante aquella semana sólo habían muerto 70 personas, aunque *“Covent Garden y Westminster siguen todavía bastante vacíos, sin Corte ni caballeros”*. En la semana del 10 de enero las muertes ascendieron a 89 personas y en la del 23 del mismo mes bajaron hasta 79²¹.

¹⁹ En Inglaterra, las casas de apestados, cuando existían, eran unas pequeñas chozas capaces de albergar no más de una docena de convalecientes.

²⁰ La mujer de Samuel Pepys, Elizabeth, nunca tuvo una buena salud. Parece ser que tras la epidemia de peste y el Gran Fuego de Londres de 1666, en el que se quemó su casa y sus pertenencias, le cayó todo el pelo. Más tarde contrajo fiebre tifoidea y murió en el año 1669, a la edad de veintinueve años.

²¹ Según el *Bill of Mortality*, la mortandad durante el mes durante los meses de diciembre y enero fueron las siguientes (entre paréntesis el aumento o descenso respecto de la semana anterior): del 5 al 12 de diciembre, 243 muertos (+14); del 12 al 19 de diciembre, 281 muertos (+83); del 19 al 26 de diciembre, 152 muertos (-192); del 26 de diciembre al 2 de enero, 70 muertos (-77); del 2 al 9 de enero, 89 muertos (+18); del 9 al 16 de enero, 158 muertos (+110); del 16 al 23 de enero, 79 muertos (-103); del 23 al 30 de enero, 56 muertos (-45).



**A general Bill for this present year,
ending the 19 of December 1665, according to
the Report made to the KINGS most Excellent Majesty.**



By the Company of Parish Clerks of London, &c.

Buried	Pls.	Buried	Pls.	Buried	Pls.	Buried	Pls.				
Albans Woodstreet	200	131	S ^t Clements Eastcheap	28	20	S ^t Margaret Mofes	38	25	S ^t Michael Cornhill	104	52
Alhallowes Barking	514	336	S ^t Dionis Back-church	78	27	S ^t Margaret Newfish	114	66	S ^t Michael Crooked	179	137
Alhallowes Breadst	35	16	S ^t Dunstons East	265	150	S ^t Margaret Patrons	49	24	S ^t Michael Queenhit	203	122
Alhallowes Great	455	426	S ^t Edmunds Lumbard	70	36	S ^t Mary Abchurch	99	54	S ^t Michael Que ne	44	18
Alhallowes Honila	10	5	S ^t Ethelborough	195	106	S ^t Mary Aldermanbury	181	109	S ^t Michael Royall	152	116
Alhallowes Lesse	239	175	S ^t Faiths	104	70	S ^t Mary Aldernary	181	109	S ^t Michael Woodstreet	123	52
Alhall. Lumbardfr.	90	62	S ^t Fotters	144	105	S ^t Mary le Bow	105	75	S ^t Mildred Breadstreet	59	36
Alhallowes Staining	185	112	S ^t Gabriel Fen-church	69	39	S ^t Mary Bothaw	64	36	S ^t Mildred Poultry	68	46
Alhallowes the Walls	500	356	S ^t George Botolphlane	41	27	S ^t Mary Colchurch	53	30	S ^t Nicholas Acons	46	28
Alpbage	271	115	S ^t Gregories by Pauls	376	232	S ^t Mary Hill	17	6	S ^t Nicholas Coleabby	125	91
Andrew Hubbard	71	35	S ^t Helens	108	75	S ^t Mary Mounthaw	56	37	S ^t Nicholas Olaves	90	62
Andrew Vnderflafr	274	189	S ^t James Dukes place	262	190	S ^t Mary Summerfet	342	282	S ^t Olaves Hartstreet	237	160
Andrew Wardrobe	476	301	S ^t James Garlickhithe	189	118	S ^t Mary Staynings	47	27	S ^t Olaves Jewry	54	32
Anne Aldersgate	282	197	S ^t John Baptif	138	83	S ^t Mary Woolchurch	65	33	S ^t Olaves Silverstreet	250	132
Anne Blacke-Friers	652	467	S ^t John Euangelist	9	5	S ^t Mary Woolnoth	75	38	S ^t Pancras Soperlane	30	15
S ^t Antholins Parifh	58	33	S ^t John Zacharie	85	54	S ^t Martins Irononger	21	11	S ^t Peters Cheape	61	35
S ^t Aulfins Parifh	43	20	S ^t Katherine Coleman	299	213	S ^t Martins Lodgate	196	128	S ^t Peters Cornhill	136	76
S ^t Barthol. Exchange	73	35	S ^t Katherine Creechu	335	231	S ^t Martins Organs	110	71	S ^t Peters Pauls Wharfe	114	86
S ^t Bennet Fynch	47	21	S ^t Lawrence Jewry	94	48	S ^t Martins Outwitch	60	34	S ^t Peters Poore	79	47
S ^t Benn. Grace-church	57	41	S ^t Lawrence Pountney	214	140	S ^t Martins Vintrey	417	349	S ^t Stevens Colmanfr	560	391
S ^t Bennet Pauls Wharf	355	172	S ^t Leonard Eastcheap	42	27	S ^t Matthew Fridayfr.	24	6	S ^t Stevens Walbrooke	34	17
S ^t Bennet Sherehog	71	1	S ^t Leonard Foffterlane	335	255	S ^t Maudlins Milkstreet	44	22	S ^t Swithins	93	56
S ^t Borolph Billinggate	83	50	S ^t Magnus Parifh	103	60	S ^t Maudlins Oldfishfte	176	121	S ^t Thomas Apottle	163	110
Chrifft Church	653	467	S ^t Margaret Lothbury	100	66	S ^t Michael Bassifhaw	253	164	Trinitie Parifh	115	79
S ^t Chriftop hers	160	47									

Buried in the 97 Parishes within the walls — 15207 Whereof of the Plague — 9887

S ^t Andrew Holborn	3958	3103	Bridewell Precinct	230	179	S ^t Dunstons West	958	665	S ^t Saviours Southwark	4235	3446
S ^t Bartholmew Great	493	344	S ^t Botolph Alderiga	997	755	S ^t George Southwark	1613	1260	S ^t Sepulchres Parifh	4509	3746
S ^t Bartholmew Lesse	193	139	S ^t Botolph Algate	4926	4051	S ^t Giles Cripplegate	8069	4828	S ^t Thomas Southwark	475	371
S ^t Bridget	211	1427	S ^t Botolph Bishopsg	3464	2500	S ^t Olaves Southwark	4793	2785	Trinity Minories	168	123

Buried in the 16 Parishes without the Walls — 41351 Whereof of the Plague — 28888

S ^t Giles in the Fields	4457	3163	S ^t Katherine Tower	956	601	S ^t Magdalen Bermon	1943	1363	S ^t Mary Whitechappel	4766	3855
Hackney Parifh	232	132	Lambeth Parifh	798	537	S ^t Mary Newington	1272	1004	Redriffe Parifh	304	210
S ^t James Clarkewell	1862	1377	S ^t Leonard Shorditch	2669	1949	S ^t Mary Iflington	696	593	Stepney Parifh	8598	6583

Buried in the 22 out-Parishes, in Middlesex and Surrey — 28554 Whereof of the Plague — 21420

The Total of all the Chriftings — 9967
The Total of all the Burials this year — 97306
Whereof, of the Plague — 68566

Imagen nº 9. A general Bill for this present year, ending the 19 of December 1665.

(Lista general (de entierros) para el presente año, terminando en el día 19 de diciembre de 1665)

El 20 de febrero Pepys ya residía habitualmente en Londres (había regresado el 4 de diciembre), y “me enteré que la señorita Lane ha vuelto a la ciudad. Así que di vueltas por allí hasta que vino y quedamos en vernos en Sways. Fui enseguida, y ella también, pero estuvimos muy poco tiempo, pues el sitio no era privado. No la había visto desde antes de la epidemia. Así que nos separamos y “recontré à su último logis, y en ese sitio hazer lo que tena idea para faire con ella”. Luego volví a la oficina, a casa y a la cama, un poco preocupado porque esta tarde he estado con la señorita Lane en dos casas que estuvieron cerradas por peste”²².

El rey Charles II regresó a Londres a principios de año, pensando que ya no había peligro. Sin embargo, aún morirían 2.000 personas. En total, se cree que murieron más de 100.000 en Londres y sus alrededores²³, aunque es posible que la mortalidad aún fuera mayor, pues como decía Defoe, “no se contaron los que murieron en los campos y en los caminos y en lugares ocultos por los que no se solía pasar, y que no figuraban en las listas”.

²² En el diario de Pepys se reconocen numerosos escauceos amorosos extramatrimoniales por parte del autor. Curiosamente, los describe utilizando palabras francesas y castellanas.

²³ Entre las poblaciones cercanas a Londres que fueron afectadas por la peste cabe mencionar Brentwood, Greenwich, Deptford y la propia Woolwich. Pero en julio o agosto de 1665 ya estaba en Colchester, Sunderland, Salisbury, Winchester, Southampton, Portsmouth o la más alejada Newcastle. Y una amplia distribución de la epidemia tuvo lugar al año siguiente. Oxford escapó al contagio por completo, a pesar de ser en aquellos momentos la residencia de la Corte y estar en contacto continuado con Londres. Se pensó que esta ciudad se libró del contagio gracias a la limpieza que observaba y a la buena red de alcantarillado.

Tras esta epidemia no se registraron nuevos episodios ni en Londres ni en toda Inglaterra, aunque se dieron casos esporádicos en 1679. La desaparición de este brote fue atribuido al Gran Fuego²⁴ que quemó la ciudad entre los días 2 y 5 de septiembre de 1666, pero ya hacía meses que la peste había desaparecido, igual que en las otras ciudades inglesas que no fueron afectadas por este fuego.

La población no olvidó el comportamiento de los médicos y religiosos que abandonaron a sus pacientes durante la epidemia, y cuando volvieron a la ciudad nadie quiso recurrir a sus servicios. Defoe contaba que *“se les llamaba desertores, y a menudo se clavaban en sus puertas letreros en los que se leía: “Se alquila un doctor”. De modo que una serie de estos médicos juzgaron preferible no moverse de su casa y dejar pasar algún tiempo, o por lo menos cambiar de residencia e instalarse en otros lugares y entre gentes que no les conocieran. Algo semejante ocurrió con los clérigos, con quienes la verdad es que la gente se mostró muy ofensiva, escribiendo sobre ellos versos y frases infamantes, poniendo letreros en las puertas de las iglesias que decían: “Se alquila un púlpito”, o a veces “Se vende”, lo que aún era peor”*.

²⁴ El Gran Incendio de Londres arrasó la ciudad desde el domingo 2 septiembre hasta el miércoles 4 de septiembre de 1666. El fuego destruyó la ciudad medieval, en el interior de la vieja muralla romana. Aunque amenazó el distrito aristocrático de Westminster y el Palacio de Whitehall, no llegó a quemarlos, como tampoco afectó a la mayoría de los asentamientos suburbanos.

En total destruyó 13.200 casas, 87 iglesias parroquiales, 44 Salones de la *Livery Company*, la *Royal Exchange*, la Casa de Aduanas, la Catedral de Saint Paul, el Ayuntamiento, el Palacio Correccional y otras prisiones de la ciudad, cuatro puentes sobre los ríos Támesis y Fleet y tres puertas de la ciudad. Dejó a unas 80.000 personas sin hogar, una sexta parte de los habitantes de la ciudad en aquel momento. La cifra de muertes por el incendio es desconocida, y aunque se creía que había sido bastante pequeña porque sólo algunos fallecimientos fueron registrados, actualmente se considera que las muertes de pobres y personas de clase media no fueron registradas, y además el calor pudo haber incinerado a muchas víctimas sin dejar restos reconocibles.